

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

Gobierno de don Ambrosio O'Higgins: grandes obras públicas: parlamento con los indios (1790-1793)

1. Tentativa para abrir una comunicación terrestre entre Valdivia y Chiloé. 2. Afianzamiento de la tranquilidad en la frontera. 3. Construcción de un camino carretero entre Santiago y Valparaíso. 4. Otros trabajos emprendidos por O'Higgins: construcción de los tajamares de Santiago. 5. El Gobernador se traslada al sur y celebra con los indios el parlamento de Negrete. 6. Visita los fuertes de la frontera y regresa a Santiago. 7. Campaña contra los indios del sur de Valdivia: descubrimiento de las ruinas de Osorno. 8. Declaración de guerra entre España y Francia.

1. Tentativa para abrir una comunicación terrestre entre Valdivia y Chiloé

La acción administrativa del presidente O'Higgins se había extendido hasta las últimas poblaciones del territorio de su mando. De antemano, y cuando sólo desempeñaba las funciones de intendente de Concepción, cumpliendo las órdenes reales había mirado con particular interés las reparaciones y aumentos de las defensas de la plaza de Valdivia que estaba colocada bajo su dependencia, pero a cargo de un Gobernador nombrado directamente por el Rey. Los gastos de esa plaza se hacían con un situado de 80.444 pesos que suministraba anualmente el tesoro real del Perú. Pero esa suma se invertía principalmente en el pago de sueldos de la guarnición, de manera que quedaba poca cosa para los trabajos que era indispensable hacer. Por esto mismo, se ejecutaban esos trabajos con los desterrados, a quienes la audiencia de Santiago confinaba allí por cierto número de años para que en el carácter de presidarios prestaran esos servicios sin sueldo alguno, en castigo de los delitos que habían cometido, o por ser conocidamente vagos y malentrenidos. O'Higgins, deseando aumentar el número de trabajadores, había solicitado de la Audiencia que acelerase la tramitación de esos procesos; pero las fórmulas jurídicas y la tardanza con que siempre marchaba la administración de justicia, se opusieron constantemente a sus deseos¹.

Desde tiempo atrás recomendaba el Rey, empeñosamente, que por la vía de tierra se pusiera en comunicación la plaza de Valdivia con la provincia de Chiloé, lugares ambos a los cuales se les daba una gran importancia para la defensa de estos mares, y que el alzamiento de los indios del sur mantenía aislados y sin poderse socorrer el uno al otro. Esta empresa debía ser llevada a cabo por los esfuerzos combinados de los gobernadores de ambos distritos, a los cuales se les comunicaron las instrucciones convenientes.

¹ Nota de O'Higgins al Ministerio de Indias, de 1 de agosto de 1788.

La plaza de Valdivia estaba gobernada por el comandante de ingenieros don Mariano de Pusterla, hombre laborioso y prudente, que creía posible realizar ese proyecto por los medios pacíficos. En efecto, inició tratos con los indios empeñándose en demostrarles las ventajas que a ellos mismos les resultarían del establecimiento de esa comunicación y de tener más frecuentes relaciones con los españoles. Pusterla pertenecía al número nada escaso de mandatarios bien intencionados que creían candorosamente que la resistencia de los indios a someterse a una vida regular era nacida no de las condiciones de su barbarie, sino del mal trato que se les había dado.

En Chiloé gobernaba con el cargo de Gobernador el coronel don Francisco Hurtado, por nombramiento directo del Rey, pero bajo la dependencia del virrey del Perú. Era Hurtado un militar voluntarioso, prolijo en los trabajos administrativos, pero de carácter difícil y de inteligencia desarreglada, duro con sus gobernados, irreverente con sus superiores y, además, según se le acusaba, codicioso sin escrúpulos. A su paso por Lima, cuando venía de España para recibirse del gobierno de Chiloé, formó un plan de comercio exclusivo para esas islas, presentándolo como muy beneficioso para el Rey. Rechazado ese proyecto como una locura, fijó una tarifa de los precios a que en Chiloé debían venderse las mercaderías que se llevasen del Perú, y en ella los recargaba con un treinta por ciento sobre su valor real. Una vez que llegó a Chiloé, puso también tarifa sobre la madera, producción principal de esas islas, obligando a sus dueños a venderla a un bajo precio o a entregar especies de mayores dimensiones que las corrientes. Por fin, apresaba atropelladamente a las gentes para hacerlas servir con grillete en los trabajos a que se les destinaba en provecho del mismo Gobernador.

Cuando se trató de realizar el proyecto de abrir comunicación entre Valdivia y Chiloé, Hurtado, lejos de cooperar al pensamiento del gobernador Pusterla, sostuvo con ardor el arbitrio de reunir todas las fuerzas disponibles en ambos distritos, emprender una campaña definitiva y eficaz contra los indios y repoblar la ciudad de Osorno. Esta divergencia de pareceres entre los dos gobernadores hizo, por entonces, imposible el llevar a cabo esa empresa; pero el de Chiloé no podía conservarse largo tiempo en su puesto. Sus "desmanes eran cada día mayores y más atropellados. Creyéndose víctima de todo género de hostilidades de parte del virrey del Perú, le dirigió comunicaciones arrogantes y descomedidas, se querelló contra él ante la Audiencia y la Junta de Real Hacienda de Lima, y acabó por hacerse intolerable. El Virrey, cansado de tanta contradicción, y convencido de que nada podía corregir al gobernador de Chiloé, lo separó del puesto en marzo de 1788, y colocó en su lugar con el carácter de interino, al coronel don Francisco Garos². Los dos gobernadores, el de Valdivia y el de Chiloé, se mostraron conformes en la manera de ejecutar el encargo que les había dado el Rey.

² El virrey don Teodoro de Croix ha dado cuenta bastante extensa de estos hechos en las pp. 125-29 de la *Relacion de su gobierno*. El corto gobierno del intendente Hurtado en Chiloé, de que se encuentran noticias en muchos documentos de la época, fue memorable por las injusticias y atropellos, y por la codicia que, según se le acusaba, desplegó ese funcionario pretendiendo convertirlo todo en negocio propio. Sometido a juicio por la audiencia de Lima, fue enviado a España con su proceso, en virtud de una real orden de 10 de mayo de 1789. El coronel Garos, que fue a reemplazarlo en el cargo de gobernador de Chiloé, naufragó con la fragata *Balbaneda* al llegar a su destino; pero se salvó con toda la tripulación y pudo cumplir las órdenes del virrey del Perú, recibiendo del gobierno del archipiélago el 2 de enero de 1789.

Hurtado había servido largos años en la guarnición de los presidios españoles de la costa de África, y debía tener valimiento en la Corte. Así fue que después de un prolijo proceso, el Rey, por cédula de 30 de julio de 1795,

PERSONAJES NOTABLES (1780 A 1796)

1 Don Thomas Álvarez Acevedo
2 Ambrosio de Benavides
3 Lapérouse
4 Alejandro Malespina
5 Don Alonso de Guzmán
6 Felipe Bauzá
7 Ambrosio Higgins
8 El marg. de Osorno

1. Don Tomás Álvarez de Acevedo. 2. Don Ambrosio de Benavides. 3. Lapérouse. 4. Don Alejandro Malespina. 5. Don Alonso de Guzmán. 6. Don Felipe Bauzá. 7. Don Ambrosio O'Higgins. 8. El Marqués de Osorno (O'Higgins, siendo virrey del Perú.)

Mientras tanto, el comandante Pusterla había renovado sus tratos con los indios, y a fines de octubre hizo partir de Valdivia al teniente don Pablo Asenjo, acompañado por el sargento Teodoro Negrón, y unos doce hombres de tropa. Siguiendo el rumbo de la costa, y guiados por algunos indios que les ayudaban a abrirse sendero y a construir balsas provisorias, avanzaron éstos hasta el archipiélago de Chiloé, y estuvieron de vuelta en Valdivia en febrero siguiente (1789). Para mantener expedito este camino, Pusterla mandó ensanchar los senderos en algunos puntos, haciendo cortar los árboles y matorrales que los obstaculizaban, y pocos meses más tarde reunió en un parlamento a los indios de la región de la costa para interesarlos en que dejaran libre el tráfico por aquellas tierras. Para no inquietar a los indios, se renunció por entonces a todo proyecto de repoblar a Osorno; pero tanto en Chile como en el Perú se creyó definitivamente establecida la comunicación por tierra entre Valdivia y Chiloé mediante un esfuerzo que no había costado gasto alguno al tesoro real. En premio de este servicio Pusterla fue ascendido por el Rey al rango de Brigadier, y los agentes subalternos que había empleado fueron también promovidos a grados superiores³. Sin embargo, todo lo que se había hecho tenía en sí bien poca importancia. El mantenimiento de ese camino dependía absolutamente de la lealtad con que los indios quisieran cumplir sus promesas de vivir en paz. Antes de mucho tiempo, como lo veremos más adelante, los españoles, después de un doloroso desengaño, se vieron en la necesidad de emprender trabajos de mucha mayor consideración para asentar la tranquilidad y asegurar de una manera más regular la comunicación entre Valdivia y Chiloé.

2. Afianzamiento de la tranquilidad en la frontera

Mientras tanto, en la frontera del Biobío, no habían faltado motivos de perturbación y de inquietud. O'Higgins, al separarse de Concepción para tomar el gobierno de la Capitanía General en mayo de 1788, había dejado el mando de las fuerzas militares de la frontera al coronel don Pedro Quijada, encargándole que cuidase de mantener tranquilos a los indios por medio de agasajos, pero sin descuidar ninguna de las precauciones militares para conservar resguardada la línea defendida por los fuertes⁴. Pero, al mismo tiempo, había dejado iniciadas, en la región de la cordillera, ciertas operaciones que, sin importar una campaña abierta y sin exponer considerablemente sus tropas, tendían a afianzar la tranquilidad en la isla de la Laja.

Desde años atrás, un indio llamado Llanquítur, cacique famoso de las tribus de las pampas del sur del virreinato de Buenos Aires, ejercía allí todo género de depredaciones, sa-

lo declaró absuelto del mayor número de los cargos que se le hacían, y en aptitud de desempeñar los destinos que se le confiaran. Entonces había muerto el virrey Croix, que había sido el perseguidor de Hurtado. La real cédula a que nos referimos contiene una proliza noticia de estos sucesos, fue impresa por el interesado en un opúsculo de ocho páginas en folio, y circulada con profusión en América entre los funcionarios públicos de estas colonias.

³ O'Higgins dio cuenta al Ministerio de Indias de la apertura del camino entre Valdivia y Chiloé por sus comunicaciones de 4 de mayo de 1789 y de 4 de abril de 1790, con las cuales enviaba copia de los informes del gobernador de Valdivia. El virrey Croix ha referido también los mismo hechos en las pp. 161-165 de la citada *Relacion de su gobierno*, dando por su parte gran importancia a aquella empresa, y al tino con que había sido ejecutada. En virtud de las recomendaciones que este alto funcionario y el presidente de Chile hicieron de la conducta del gobernador Pusterla, el Rey le concedió el título de Brigadier por real orden de 27 de abril de 1790.

⁴ Nota de O'Higgins al Ministerio de Indias, de 12 de octubre de 1788.

queando las estancias de españoles, amenazando a los pueblos y asaltando las caravanas de carretas y de viajeros. Perseguido en esos lugares por las tropas enviadas por el Virrey, Llanquítur se replegó, en 1784, con su gente sobre la cordillera en donde intentó inquietar a los indios pehuenches para continuar en sus correrías. Desde allí inició también tratos amistosos con las autoridades españolas de Chile; y en efecto, llegó hasta la plaza de los Ángeles, y tuvo conferencias con O'Higgins, entonces comandante general de frontera. Pero aquel bárbaro turbulento e incorregible, continuó sus correrías y sus robos, no sólo contra los españoles sino contra los mismos indios, y puso a O'Higgins en el caso de tratarlo como enemigo. No queriendo, sin embargo, hacer una expedición formal que le habría impuesto gastos y sacrificios, este jefe se limitó a excitar contra Llanquítur a los indios pehuenches, prestando a éstos el auxilio de un destacamento compuesto de veinte dragones escogidos y de algunos milicianos colocados bajo el mando del sargento Francisco Vivanco, hombre experto en este género de guerra. Los pehuenches abrieron la campaña en noviembre de 1787, y después de una penosa expedición a las cordilleras del sur, dispersaron las fuerzas del cacique enemigo. O'Higgins se aprovechó de aquella situación para afianzar la tranquilidad en la frontera. Al paso que reforzaba el destacamento de tropas españolas con que había auxiliado a los pehuenches para que éstos persiguieran a los indios enemigos, dispuso la construcción de dos fuertes en los pasos más estrechos de la cordillera para defender el territorio de la isla de La Laja contra las irrupciones de los bárbaros del otro lado de los Andes. En el boquete de Antuco, y a la orilla sur del río Laja, hizo levantar el fuerte de Vallenar, costeando él mismo los gastos, por cuanto ese fuerte resguardaba la extensa hacienda de las Canteras, que era su propiedad particular. Un poco más al sur, a orillas del río Duqueco, en el boquete llamado de Villacura, mandó levantar el fuerte del príncipe Carlos, costeado con las erogaciones de los hacendados de la vecindad. O'Higgins dejó iniciados estos trabajos cuando se puso en viaje para Santiago a recibirse del gobierno.

Mientras tanto, los pehuenches y sus auxiliares, capitaneados por un cacique llamado Curilipe y por el sargento Vivanco, continuaban la campaña contra los indios de Llanquítur. Una vez, después de haber alcanzado algunas ventajas contra sus perseguidores, pretendió éste invadir la isla de La Laja por el lado de la cordillera, pero fue rechazado con pérdida de treinta hombres. Ocurría esto a entradas del invierno, por mayo de 1788; y las lluvias pusieron por entonces término a las operaciones. Renováronse éstas en la primavera siguiente. Los pehuenches, fuertes con el auxilio de los españoles, salieron en agosto en persecución de Llanquítur, recuperaron en gran parte los ganados, las mujeres y los niños que aquél les había robado, y sin darse descanso, avanzaron por las faldas orientales de los Andes hasta las espaldas del volcán de Villarrica, en cuyas cercanías tenía sus madrigueras el enemigo. Después de muchas jornadas de marcha y de no pocas fatigas, los pehuenches, divididos en dos cuerpos, cayeron de improviso sobre las tolderías de Llanquítur en la madrugada del 16 de diciembre; y sin darle tiempo para organizar la defensa, hicieron en ellas los más terribles destrozos. Llanquítur, atravesado por una lanzada, siguió peleando denodadamente y murió como un héroe. Una suerte igual cupo a aquéllos de sus guerreros que no alcanzaron a hallar su salvación en la fuga. Los vencedores rescataron tres mujeres españolas con sus hijos⁵ y recogieron muchas armas, caballos, ganados y no pocos objetos de plata labrada

⁵ Apresadas en años atrás en los campos de la provincia de Córdoba del Tucumán. Eran de pobre condición, y a la vuelta de su cautiverio fueron asiladas en la villa de Los Ángeles.

que aquellos bárbaros guardaban como botín de sus anteriores correrías. Dando enseguida la vuelta al norte, entraba Curilipe a la villa de Los Ángeles el 1 de enero de 1790, para presentar al comandante de frontera, como trofeo de victoria, la cabeza del jefe enemigo⁶.

Aquellas correrías habían producido cierta inquietud en la Araucanía. Algunas tribus se habían plegado al caudillo Llanquítur, y era de temerse que los indios salvados de la derrota, intentasen renovar las hostilidades. Sin embargo, sea por cansancio, o porque estuvieran convencidos de que no era posible acometer empresa alguna contra la línea de frontera, la paz se mantuvo en ésta. O'Higgins seguía impartiendo sus órdenes desde Santiago para que se conservase aquel estado de cosas y, aunque él mismo, a pesar de su edad avanzada y de las fatigas de tales viajes, hubiera querido ir personalmente a visitar las plazas militares y a celebrar parlamento con los indios, atenciones de otro orden lo retenían cada primavera en otra parte. Durante los tres primeros años de su gobierno, se lo habían impedido la visita de las provincias del norte (1788), las fiestas de la proclamación y jura de Carlos IV (1789), y los temores de guerra con Gran Bretaña (1790). En la primavera de 1791 tampoco le fue dado alejarse mucho de la capital por tener que atender a los grandes trabajos que había emprendido.

3. Construcción de un camino carretero entre Santiago y Valparaíso

Hasta entonces no existían en Chile verdaderos caminos públicos. El tráfico de los viajeros y de las recuas de mulas habían trazado las sendas que servían para la comunicación entre unos y otros puntos. Fuera de lo que se había gastado para hacer transitable el estrecho y peligroso sendero de la cordillera entre Aconcagua y Mendoza, apenas solían hacerse algunas reparaciones parciales en ciertos lugares, casi siempre en las inmediaciones de los pueblos. Por lo demás, sólo se viajaba a caballo, o únicamente corrían carretas en los puntos en que los campos eran planos y sin accidentes naturales que estorbaran o dificultaban este tráfico. El carguío de mercaderías y de frutos del país, se hacía ordinariamente a lomo de mula.

Este estado de cosas a que las gentes estaban habituadas, y que nadie pensaba en mejorar, había llegado, sin embargo, a ser sumamente complicado. Es cierto que entonces era muy reducido el número de personas que viajaban entre una ciudad y otra, y que el movimiento de carga era poco considerable; pero la población y el comercio habían incrementado mucho a fines de ese siglo y requerían mejores vías de comunicación, aunque ni el comercio ni el pueblo pareciesen sentir su falta. La necesidad más evidente era la de un camino cómodo y fácilmente transitable entre Santiago y Valparaíso, es decir, entre la capital del reino y el puerto por donde se hacía el principal comercio de importación y de exportación. Durante más de siglo y medio, los españoles habían hecho el tráfico entre esos dos puntos por dos caminos diferentes, uno directo, pero muy penoso, pasando por Tiltil, por las serranías de

⁶ Nota de O'Higgins al Ministerio de Indias de 3 de abril de 1789, con la cual acompaña copia de las relaciones de esta campaña hechas por el sargento Vivanco, por el jefe de la frontera, coronel Quijada, y por el comandante de Dragones don Pedro Nolasco del Río. Aunque estos documentos, que hemos tenido a la vista, abundan en pormenores algunas veces curiosos, no nos era posible hacer entrar en nuestro libro más que el cuadro general de esas operaciones.

Caleu y por Quillota, y transitable sólo por caballos y mulas; y otro más cómodo, pero que obligaba a hacer un largo rodeo por el valle de Melipilla, y que a pesar de sus inconvenientes, de sus atolladeros y pantanos, era el más usado para la conducción de carga pesada y, aun, permitía el tráfico de carretas. Desde principios del siglo XVIII comenzó a ser más frecuentado por los viajeros y por los conductores de carga, otro camino que sin ser tan penoso como el primero, era menos largo que el segundo. Denominábasele el camino de las cuestas, porque era preciso atravesar tres cadenas de serranías ásperas, en su mayor parte cubiertas de bosques en que se perdían con frecuencia las mulas y caballos, y de tránsito imposible para las carretas. Este último camino, sin embargo, había llegado a ser el más traficado, a pesar de que no era más que un estrecho sendero abierto por entre los cerros y los bosques de espinos⁷.

O'Higgins, que durante los dos primeros años de su gobierno tuvo que recorrerlo tres veces, concibió el pensamiento de hacerlo transitable para carretas. Como se recordará, en septiembre de 1790, el Gobernador se había trasladado a Valparaíso a hacer los preparativos de defensa contra las amenazas de una guerra exterior, y con ese motivo recorrió las costas y campos vecinos. De regreso a Santiago, sabiendo que aquellos temores se habían desvanecido, inició su proyecto, bien resuelto a llevarlo a cabo cualesquiera que fuesen los obstáculos que encontrara. El cabildo de Santiago, a quien sometió su pensamiento en marzo de 1791, reconoció la utilidad indisputable del nuevo camino, y acordó dar a O'Higgins

⁷ El ingeniero Frézier, que en 1712 hizo el viaje de Valparaíso a Santiago, ha descrito el estado que entonces tenía este camino, cuando la mano del hombre no había ejecutado ningún trabajo para hacerlo practicable. "Partimos de Valparaíso, dice, la víspera de Todos los Santos (31 de octubre) y pasamos por el gran camino de Zapata. Desde la primera jornada me quedé sorprendido al ver de que no era dado bajarse del caballo durante el día, sino acostarse en la noche en pleno campo, por falta de casas, aunque se me hubiese prometido un buen alojamiento; pero supe que lo que en Chile se llama alojamiento no significa más que un lugar en que hay agua y pasto para las mulas. Nosotros, sin embargo, habíamos pasado a medio cuarto de legua de Zapata (hoy Casablanca) que es una especie de aldea, y la única que haya en 30 leguas de camino; pero en este país no es costumbre alojarse en las casas. El día siguiente pasamos la montaña de Zapata, que es muy alta, y después de haber atravesado el valle de Poangue, por donde corre un riachuelo que es peligroso en invierno a causa de las lluvias, pasamos otra montaña más parada que la precedente, llamada la cuesta de Prado, y fuimos a alojarnos a la bajada del otro lado, en las orillas del riachuelo de Pudahuel. Durante estos dos días casi no vimos ninguna tierra cultivada. Todos los campos están desiertos y cubiertos por unos árboles espinosos que hacen muy incómodos los caminos. En fin, el 2 de noviembre (el texto dice por error de pluma 2 de octubre) llegamos por la mañana a Santiago, que no dista más que cuatro leguas de nuestro último alojamiento".

Frézier regresó a Valparaíso por el camino de Tiltil y de Quillota. "El deseo, dice, que yo tenía de ver minas de oro y otros lugares, me hizo tomar el camino de Tiltil, que no alarga más que dos leguas el camino de Valparaíso. Es un poco menos desierto que el de Zapata, se ven de tiempo en tiempo algunas tierras cultivadas, y aunque es menester pasar una montaña muy áspera, no hay esos desfiladeros incómodos entre árboles espinosos que nos desgarran por todos lados. Llegué a Tiltil, pequeña aldea situada a media falda de una alta montaña cuajada de minas de oro; pero además de que no son muy ricas, la roca es muy dura, y hay pocos trabajadores desde que se han descubierto otras minas mejores, y falta, además, el agua durante cuatro meses del año". Frézier trasmontó la montaña, recorrió el valle de Quillota, cuya fertilidad y clima elogia mucho, y pasó por Limache, donde vio un crucifijo natural formado en el tronco de un árbol, descrito por el padre Ovalle, pero que el ingeniero francés encontró muy retocado por la mano del hombre. "Al fin, dice, llegué a Valparaíso disgustado de viajar en este país donde no se encuentran ni casas, ni víveres, ni lugares donde alojarse; de manera que es preciso llevar hasta su cama si no se quiere alojarse como la gente del país, en el suelo, sobre pieles de camero (los pellones), y a cielo libre. Es verdad que este modo de viajar tiene la ventaja de que el cuarto de hora de Rabelais no causa la menor inquietud". Y por vía de nota agrega estas palabras: "Por orden del Rey los pastos son comunes a orillas de los caminos". Frézier, *Rèlation*, etc., pp. 89-100.

“las más eficaces y ardientes gracias”⁸; pero cuando se trató de iniciar los trabajos, se suscitaron dos dificultades que parecían invencibles, la falta de fondos y la resistencia tenaz que ponían muchos propietarios a que el nuevo camino atravesase sus haciendas, creyendo que establecido el tráfico de carretas, y aumentando el de mulas y pasajeros, se les iban a irrogar considerables perjuicios. Para allanar la primera de esas dificultades, O’Higgins, a pesar de las resistencias que siempre hallaba la imposición de nuevas contribuciones, creó un impuesto extraordinario que se cobraba en Valparaíso de medio real sobre la entrada o salida de cada carga, que comenzó a producir nueve mil pesos por año. Por lo que toca a las resistencias que oponían algunos propietarios para dejar pasar el camino carretero por sus haciendas, O’Higgins logró convencer a unos de que aquella obra era un beneficio para ellos mismos; y resuelto a hacer el bien a despecho de las absurdas preocupaciones de los otros, inició las faenas en los primeros días de 1792. Púsose trabajo, a la vez, en varias partes de la vía, dejando en su estado natural las partes llanas y fácilmente transitables del camino, y contrayendo el empeño a regularizar y ensanchar los senderos de las cuestas. El ingeniero español don Pedro Rico trazaba la dirección de la vía en estos lugares; pero en marzo de 1792 fue ayudado en esas diligencias por el arquitecto don Joaquín Toesca para delinear en los cerros vecinos a Valparaíso la primera porción del camino, que ofrecía las mayores dificultades.

Tenemos sobre la ejecución de esos trabajos el testimonio de un hombre de una rara distinción. En abril de 1795 recorrió ese camino el célebre viajero inglés Jorge Vancouver, y lo ha descrito con bastante detenimiento, haciendo notar, sobre todo, las ventajas de las partes que ya estaban compuestas sobre las que quedaban en su antiguo estado. “La construcción del nuevo camino, dice con este motivo, es sin duda una obra difícil, y no es sorprendente que en un pueblo falto de industria y supersticiosamente adherido a sus antiguos hábitos, se desconozcan las ventajas que deben resultar de esta útil empresa, y que su ejecución haga perder al Gobernador General mucha parte de su popularidad entre las clases ignorantes... Los guías nos dijeron que el Gobernador, no habiendo podido procurarse un número suficiente de trabajadores para la totalidad de la obra, había ordenado, para facilitar la comunicación entre las dos ciudades, hacer practicables desde luego los pasos más difíciles y más peligrosos... Aquí (en la cuesta de Zapata) tuvimos ocasión de ver a los peones en el trabajo, y no pudimos dejar de observar su lentitud en la tarea y la imperfección de sus útiles. Se hallaban allí en número de cerca de cincuenta con palas y barretas. Para suplir a las carretillas de mano en el transporte de la tierra de las partes altas a las partes bajas, tenían un cuero de buey, y cuando habían echado en él la cantidad de tierra que dos hombres podían mover, lo tomaban éstos por dos puntas y lo arrastraban así hasta el lugar en que debían descargarlo para hacer desaparecer la pendiente o para ensanchar el camino, o bien lo arrojaban en los bordes de la colina y lo hacían rodar para abajo. Por lo que concierne a las rocas, que son muy comunes, las hacían saltar con pólvora de cañón, y en vez de romper los fragmentos a veces considerables que resultaban de la explosión en pequeños pedazos que diesen al piso una solidez capaz de soportar los carros, los conducían al lado inferior del camino y los echaban a rodar junto con la tierra para la parte de abajo de la colina. Por esta práctica irracional, la tierra extraída de las partes más altas con que se habría podido formar un parapeto a lo largo de las orillas exteriores, no sólo era arrastrada con esas masas de rocas, sino arran-

⁸ Nota del cabildo de Santiago al presidente O’Higgins, de 17 de marzo de 1791.

cada de los puntos en que era necesaria. Las orillas mismas, descuidadas y abiertas en muchos puntos, no pueden dejar de sufrir los efectos de los torrentes formados por las aguas de lluvias que precipitándose de las alturas, deben arrastrar los materiales sueltos con que se ha formado el camino. Los inspectores de los trabajos, conociendo este inconveniente, han abierto una especie de canal o zanja al lado interior del camino para dar curso a las aguas pluviales, pero es demasiado estrecho para corresponder a ese objeto. El borde exterior del camino, por otra parte, no tiene parapetos de tierra ni baranda, ni oímos decir que se pensara ponerle, de manera que todo aquello parece estar inconcluso; y como en algunos sitios pasa el camino por puntos muy escarpados y sobre precipicios formados en la roca, parece ser infinitamente peligroso. En efecto, de noche, ya sea porque el caballo sea esquivo, o que por descuido se incline a la orilla, puede ocurrir una desgracia al jinete o a su bestia; y nosotros, aun en pleno día, evitábamos marchar cerca de la orilla, donde el camino está ya roto en varios puntos. Se nos dijo que los trabajadores recibían como paga, su alimento y real y medio al día; y que el alimento no costaba mas de cuatro peniques”⁹.

Los prolijos pormenores que dejamos copiados, revelan la inexperiencia industrial con que se hacían estos trabajos, y una parte a lo menos de las inmensas dificultades con que O’Higgins tuvo que luchar para emprenderlos. Las resistencias de muchas gentes persistieron largo tiempo; pero cuando se vio avanzar la obra contra todas las previsiones, cuando se hizo mucho más fácil el tráfico para las personas y las cargas, y posible el de las carretas, se comenzó a hacer justicia a su inteligente y tesorero iniciador. En 1795, en el extremo occidental de la ciudad, en el punto mismo en que terminando la calle denominada de San Pablo comenzaba el verdadero camino de Valparaíso, mandó el cabildo de Santiago levantar una modesta pirámide de ladrillo que se conserva hasta hoy, para perpetuar el recuerdo de aquel servicio prestado a la colonia por el más laborioso y el más hábil de sus gobernantes. Los trabajos se continuaron lenta, pero progresivamente, ya sea para reparar las partes que descomponían las lluvias del invierno, ya para hacer más practicables algunos pasos en que no se había hecho nada antes; pero el peaje del camino, cuyo derecho de percepción se remataba en nueve o diez mil pesos por año, bastaba de sobra para esas reparaciones. “Creyóse al principio que ese impuesto, por el cálculo que se hizo, duraría poco tiempo, decía el cronista Pérez García en 1804, pero después que van corridos doce años desde que se estableció, no se barrunta cuándo se le verá término”¹⁰.

4. Otros trabajos emprendidos por O’Higgins: construcción de los tajamares de Santiago

En medio de esos trabajos, O’Higgins había prestado un cuidado especial a la administración y adelanto de la ciudad de Santiago, imponiéndose con interés del estado de sus rentas, suprimiendo algunos gastos inútiles, recomendando el orden en su régimen y tratando de aumentar las exiguas entradas del Cabildo con nuevos impuestos para atender a la construc-

⁹ Vancouver, *Voyage of discovery*, etc., lib. iv, cap. 5. Más adelante tendremos que hablar de este célebre explorador y de sus viajes en un capítulo especial destinado a estas expediciones.

¹⁰ Pérez García, *Historia de Chile*, lib. xxii, cap. v. Las palabras de este cronista, que fue un comerciante honorable y un vecino respetable de Santiago, dejan ver el mal humor con que se aceptaban estas contribuciones extraordinarias.

ción de obras públicas¹¹. No siéndole posible contar con los recursos que le eran indispensables para atender a todas las necesidades, limitó sus esfuerzos a las que podía satisfacer. “Advirtió su cuidado, dice un cronista contemporáneo, que el agua de la pila de la plaza que bebía el vecindario, venía recogiendo las basuras de las casas de la alameda del tajamar, y mandó con acierto poner cañería para que desde el río viniese cubierta la acequia. Hizo plantar en el principio de la Cañadilla una alameda que no tuvo permanencia. Promovió, casi por vía de súplica, que el Cabildo en sus pertenencias y los vecinos pudientes en el frente de sus casas, enlosaran el piso de la calle, al lado de la pared, con un ancho de vara y media. Empezóse a ejecutar esta mejora, y al Cabildo le pareció tan bien que en adelante remató la percepción de ciertos impuestos municipales con la condición de que el subastador enlosase cada año cierto número de cuadras y cubriera con losas las acequias de la calle”¹². Con el mismo celo, dictó medidas para evitar los abusos de la mendicidad, prohibiendo pedir limosna a los individuos que no poseyesen una licencia que sólo se daba después de conocer las necesidades del solicitante. Se empeñó igualmente en mejorar la miserable condición de los presidiarios, estimulando a los vecinos pudientes a dar un día al año la comida que debía repartírseles, con lo que esperaba, a la vez que suministrarles un mejor alimento, aliviar de un gasto relativamente considerable al empobrecido tesoro de la ciudad.

Pero la gran obra que O’Higgins emprendió en beneficio de la capital, fue la construcción de sus tajamares para prevenir las inundaciones causadas por el río. Aunque el Rey, como contamos, había negado su aprobación al impuesto con que O’Higgins gravó la introducción de azúcar y yerba-mate para ejecutar esa obra, no desistía este activo y enérgico mandatario del pensamiento de llevarla a cabo. Durante cerca de dos años que se había cobrado aquel impuesto, produjo poco más de cincuenta mil pesos que O’Higgins se negó a devolver al comercio. Con ese fondo y con otra suma de doce mil pesos del ramo de balanza, puso resueltamente manos al trabajo, despreciando las críticas y los temores de los que creían que aquélla era una empresa irrealizable y persuadido de que empeñando su inquebrantable voluntad, no le faltarían recursos para llevarla a término. Los planos formados por el ingeniero Baradán en 1783 fueron revisados y modificados en parte por el arquitecto Toesca, a quien O’Higgins confió la dirección técnica de la obra, renunciándose al pensamiento de prolongar el puente y de hacer otros trabajos accesorios. Con fecha de 14 de octubre de 1791 fue nombrado Superintendente de ella don Manuel de Salas Corvalán, el inteligente y empeñoso procurador de ciudad de 1776, que después de un viaje que había hecho a España, volvía a su patria con un mayor caudal de conocimientos y con el espíritu mejor inclinado todavía para consagrarse con toda decisión al servicio público. Reunidos los materiales y contratados los albañiles, se dio principio al trabajo en los primeros días de 1792; y, aunque se suscitaron no pocos entorpecimientos, se continuó sin interrupción desarmando la resistencia y la incredulidad de los vecinos de Santiago con la vista de las primeras partes trabajadas con tanta maestría en la ejecución como prudencia y probidad en los gastos¹³. El laborioso Toesca trabajaba con sus propias manos, por decirlo así, nivelando el suelo y los cimientos, y enseñando a los albañi-

¹¹ Son notables, entre otras diligencias del Gobernador, dos notas dirigidas al cabildo de Santiago con fecha de 7 de junio de 1788 y de 20 de mayo de 1790, en la primera de las cuales le pedía noticia exacta del valor de sus entradas, y en la segunda le recomendaba la formación de un presupuesto riguroso de gastos.

¹² Pérez García, lugar citado.

¹³ La construcción de los tajamares de Santiago, ejecutada al mismo tiempo que se abría el camino carretero de Valparaíso, que se levantaba la Casa de Moneda y que se hacían otros trabajos de menor importancia, supone en el

les todos los detalles de su arte, desde hacer la mezcla hasta levantar las espesas y sólidas murallas que por cerca de un siglo han resistido sin deterioro a la acción del tiempo y a los embates de las avenidas del río, que en más de una ocasión han sido formidables.

Esos trabajos estaban bastante avanzados en 1795. El viajero Vancouver que, como dijimos, visitó a Santiago en abril de ese año, los ha descrito con alguna prolijidad. Esta obra, dice, es un monumento del patriotismo de don Ambrosio O'Higgins, y de su perseverancia en hacer el bien. Hoy goza del placer de oír a muchos de los que se opusieron a su construcción que convienen en que ella ha previsto los peligros del porvenir. La muralla parece sólidamente construida, bien ejecutada y capaz de resistir a todo el esfuerzo de las aguas. Suministra a los habitantes no sólo una entera seguridad contra las inundaciones sino un paseo agradable. Presenta a orilla del agua una terraza defendida por un parapeto de una altura conveniente, a la cual terraza se sube por escaleras cómodas, colocadas convenientemente, y desde donde la vista domina la ciudad y los campos vecinos. Todo es construido de cal y ladrillo. Al colocarse la primera piedra se levantó un elegante obelisco, en cuya base se puso esta inscripción: "D.O.M. Reinando Carlos IV y gobernando este reino don Ambrosio O'Higgins de Vallenar mandó hacer estos tajamares, año de 1792"¹⁴. Hasta diciembre de 1804, dice un cronista que escribía este año, hay construidas como veintisiete cuadras de estos tajamares. Detrás de ellos se ha formado una hermosa alameda con dos fuentes y buenos asientos, que hacen en el día el desahogo, gusto y paseo de la ciudad¹⁵.

Al mismo tiempo, avanzaba con bastante rapidez la construcción de la Casa de Moneda bajo la dirección del arquitecto Toesca, y por el impulso que supo imprimir a los trabajos el presidente O'Higgins, contando con los recursos que podía suministrar el tesoro real. En 1795 estaba esta obra tan adelantada, que el viajero Vancouver pudo describirla con bastante minuciosidad, declarando que una vez concluida sería el mejor edificio de las colonias americanas del rey de España. Un elogio análogo le mereció la catedral de Santiago, cuya construcción, iniciada por arquitectos menos inteligentes, fue corregida y adelantada por Toesca en esos mismos años. Sostenido y amparado por el presidente O'Higgins, ese hábil artista fue un utilísimo cooperador de los grandes trabajos emprendidos por el gobierno, y prestó al embellecimiento de la ciudad servicios que lo hacen acreedor al respeto de la posteridad.

5. El Gobernador se traslada al sur y celebra con los indios el parlamento de Negrete

Cuando O'Higgins hubo dejado en vía de ejecución los trabajos públicos en que había puesto tanto empeño, el camino de Valparaíso y los tajamares de Santiago, determinó trasladarse a la

presidente O'Higgins, junto con una gran fuerza de voluntad, una notable inteligencia de administrador. Los documentos de la época permiten descubrir los esfuerzos y fatigas que debieron costarle esas obras por la escasez de hombres competentes entre quienes distribuir su dirección, y por la penuria de fondos. Las cuentas de gastos son bastante curiosas. Según ellas, el millar de ladrillos se compraba a doce pesos cuatro reales; la fanega de cal (de las caleras de Polpaico) a un peso un real; la fanega de arena a medio real; los albañiles se pagaban a un peso dos reales al día; y los peones a real y medio y dos reales. Hubo un momento en que, no sabemos por qué mala inteligencia, Toesca fue separado de la dirección, que se confió a un albañil o sobrestante experimentado; pero O'Higgins repuso a aquél en sus funciones por decreto de 2 de junio de 1794 asignándole el sueldo de 25 pesos mensuales por esta dirección, fuera del que gozaba en la Casa de Moneda, que montaba a 100 pesos al mes.

¹⁴ Vancouver, *Voyage* lugar citado.

¹⁵ Pérez García, *Historia de Chile*, lib. II, cap. 5.

frontera a visitar los fuertes y las guarniciones militares, y a celebrar con los indios el parlamento de costumbre, que había ido aplazando de año en año. Comenzó por dar sus órdenes al intendente de Concepción para que citase a los indios al campamento de Negrete. O'Higgins contaba entonces setenta y dos años. Siéndole casi imposible el emprender a caballo un viaje tan largo y penoso, mandó alistar una carroza de su servicio, y en ella se puso en marcha el 2 de diciembre de 1792. Acompañábanlo entre otros funcionarios, el doctor don Ramón de Rozas, que por muerte del asesor Guzmán había entrado al ejercicio de este cargo, y el secretario de gobierno don Judas Tadeo de los Reyes. En todos los pueblos del tránsito, la comitiva del gobernador atraía de los campos vecinos un gran número de curiosos que jamás habían visto un coche recorrer aquellos caminos. El Gobernador se hospedaba indiferentemente en los pueblos o en las casas de campo que hallaba en su tránsito, se imponía en todas partes de las necesidades que podía atender la administración pública, y el 24 de diciembre entraba a la villa de Los Ángeles y daba principio a sus trabajos con su acostumbrada actividad.

Sin embargo, la convocación de las tribus araucanas para asistir al ceremonioso parlamento, ofrecía en esas circunstancias serias dificultades. Al sur de Valdivia, los indios, como contaremos, estaban en abierta rebelión contra los españoles, y esa rebelión, que tenía muy ocupadas a las autoridades de esa plaza, mantenía inquietas, retraídas o disimuladamente hostiles a algunas otras tribus. Los indios de la costa vecina a la Imperial se negaban a salir de sus tierras temerosos de que se quisiera castigarlos del alevoso salteo del obispo de Concepción en noviembre de 1787. A consecuencia de la campaña emprendida el año siguiente por los pehuenches contra el caudillo Llanquítur, los aliados de éste estaban recelosos y desconfiados, y ponían dificultad para concurrir al parlamento; y, aunque, al fin, atraídos por las seguridades de amistad que se les daba, y por la codicia de los regalos que se les iban a repartir, se resolvieron a presentarse en él, los enconos arraigados en los pechos de esos bárbaros, dieron origen a sangrientas pendencias que apenas podían reprimir las tropas españolas. El 27 de febrero de 1793, creyendo vencidas en su mayor parte estas dificultades, salió O'Higgins de los Ángeles, y se instaló en las ramadas que había hecho levantar en el pintoresco campo de Negrete. Allí se le fueron reuniendo el intendente de Concepción, brigadier don Francisco de Mata Linares, y cerca de 1.500 soldados de línea y de milicias y 66 oficiales efectivos o titulares. El obispo de Concepción don Francisco de Borja Marán, que después de los sucesos que acabamos de recordar, no quería tener nada que ver con los indios, y cuya asistencia al parlamento O'Higgins había resuelto evitar para no excitar los celos y desconfianzas de los bárbaros, envió en su representación al deán de la catedral don José Tomás Roa y Alarcón. Por parte de los indios concurrieron, según las actas del parlamento, 161 caciques, 16 capitanes ancianos y de respeto, 11 mensajeros, 77 capitanejos y 2.380 mocetones, o acompañantes que acudían a aquella fiesta para alcanzar su parte en los agasajos. Los indios de la costa fueron los últimos en llegar, originando el retardo en la celebración del parlamento. En esos días se renovaron entre los indios que habían concurrido, las discordias y pendencias con todo el furor que desplegaban en sus luchas¹⁶.

¹⁶ Sobre estos sucesos existe, además del expediente de documentos y de actas que se formaba después de cada parlamento, el diario bastante prolijo del secretario del Gobernador. Este laborioso empleado formó, además, un plano del campo de Negrete y de la colocación que tuvieron las tropas y los indios, en vista del cual don Claudio Gay dibujó la lámina 4 de su *Atlas*, que es una vista general de ese parlamento. Además de las que contienen esas piezas, hemos podido recoger otras noticias en papeles de un carácter privado, pero de verdadero interés. El asesor don Ramón de Rozas escribía desde el mismo campamento de Negrete al contador mayor de Santiago, don Juan de

El parlamento de Negrete, aplazado de día en día por la tardanza de algunas tribus de indios, se abrió al fin el 4 de marzo. O'Higgins comenzó la sesión con un largo y razonado discurso en que no faltan rasgos de verdadera elocuencia, y que fue traducido a los indios por los intérpretes, pero que debió producir entre ellos el mismo efecto de todos los que se pronunciaban en esas estériles e ineficaces ceremonias¹⁷. Tres días se pasaron en estas conferencias, alternadas con los sencillos, pero abundantes banquetes en que se servía a los indios mucha carne asada y mucho vino. Con el aparato de costumbre, juraron éstos su amor a la paz y su sumisión al rey de España; y cuando se les hubieron repartido los regalos que se les daban en esas ocasiones, volvieron a sus tierras en medio del bullicio y de la algazara que se seguía a sus fiestas y borracheras. Aquel parlamento, en cuyo resultado no podía tener gran fe el presidente O'Higgins, pero que complacía a la Corte por el aparente sometimiento de los araucanos, había costado 10.897 pesos, suma verdaderamente enorme, dada la pobreza del tesoro real y las necesidades más premiosas que habrían podido remediarse.

6. Visita los fuertes de la frontera y regresa a Santiago

Terminado el parlamento, O'Higgins regresó a la plaza de Los Ángeles, donde pasó algunos días observando por sí mismo las condiciones militares de esa parte de la frontera. Atravesando enseguida el Biobío, continuó su viaje a caballo por la ribera sur de ese río hasta la plaza de Santa Juana. Aquellos lugares, teatro de una encarnizada guerra secular, estaban entonces casi desiertos. Los indios de esa región salvados de aquella lucha, se habían incorporado a la raza conquistadora, o se habían replegado más al interior. O'Higgins pudo dirigirse de allí a la plaza de Arauco, recorriendo con su escolta la cadena de montañas de la costa por el paso que los españoles llamaban cuesta de Elías. En esos cerros cubiertos de tupidísimas selvas, y tan favorables para la guerra de sorpresas y emboscadas, donde los españoles no habían podido en otro tiempo dar un solo paso sin verse obligados a trabar un combate, no halló el Capitán General la menor resistencia. Esa región, casi enteramente abandonada por sus antiguos pobladores, comenzaba apenas a ser ocupada y sometida a la explotación agrícola por los españoles de los pueblos vecinos.

Oyarzábal, con fecha de 28 de febrero lo que sigue: "Mañana se dará principio a este parlamento, si, como no se duda, llega el maldito butalmupu de la costa con que tendremos 1.117 comedores más. El diario dirá a V. cuanto ha sido preciso trabajar y vencer para llegar a conseguir lo que se ha logrado. Pero V. podrá rastrear algo por el hecho de haber descubierto habrá cinco días en este campamento a un indio de maquehua enviado de incógnito por los de su nación para que examinase si, como les habían dicho, estaba aquí escondido el Obispo para pedir las cabezas de los que lo habían maloqueado en Tirúa el año de 1787. Vea V. con qué gente tenemos que tratar. Es indecible su audacia e insolencia. Dos veces ha sido preciso correr a las armas para impedir que pehuenches y llanistas se hubiesen despedazado a cuchilladas. Anteayer se embistieron unas partidas de ambos, y apenas pudo apartarlos la tropa a golpes de espada. Sin embargo, cayeron heridos doce de ellos antes que arribase la tropa". Y O'Higgins escribía a Oyarzábal con la misma fecha lo que sigue: "Aunque me hallo rodeado de tanta broma entre esta gente, creo que en fuerza de la constancia, sobre todo mediante el favor de la divina providencia, hemos de salir bien en este negocio".

¹⁷ El viajero Vancouver, que tuvo conocimiento de este discurso, lo ha publicado traducido al inglés en el capítulo antes citado de la importante relación de sus viajes.

En Arauco examinó O'Higgins el estado de defensa de la plaza y la situación de las misiones de infieles que estaban a cargo de los padres franciscanos del colegio de Chillán. Esos establecimientos, que imponían al erario real un gasto considerable, y que eran mantenidos a costa de numerosos sacrificios para cumplir las órdenes más terminantes del Rey, no prestaban, sin embargo, ningún servicio efectivo. El obispo Marán, que en su desventurada expedición de 1787 se había detenido algunos días en Arauco y sus cercanías para visitar las misiones y confirmar a los indios convertidos, encontró que éstos, a pesar de llamarse cristianos, vivían en la más degradada ignorancia y no estaban en estado de recibir nuevos sacramentos. O'Higgins y sus secretarios debieron adquirir la misma convicción; pero teniendo que cumplir órdenes superiores, dictó las providencias que creyó más oportunas para el mejor régimen de las misiones y para mantener la tranquilidad en las relaciones con los indios.

En su marcha a Concepción por los caminos de la costa, en que cada sitio recordaba un combate, y muchas veces un doloroso desastre de las armas españolas, O'Higgins no halló más que silencio y paz. Inspeccionó con todo esmero los fuertes de Colcura y de San Pedro, y entró, por fin, a Concepción para examinar los trabajos públicos de la ciudad, y enseguida el estado de las fortificaciones que él mismo había mandado construir en el puerto de Talcahuano, bajo el gobierno de don Agustín de Jáuregui.

En este puerto se hallaba una fragata armada en guerra, llamada *Santa Bárbara*. En 1790, O'Higgins, con motivo de los temores de guerra con Gran Bretaña, la había destinado a reconocer las costas y archipiélagos situados al sur de Chiloé, para ver si habían entrado a estos mares algunas naves inglesas. Los marinos de la *Santa Bárbara*, no descubriendo ningún enemigo, habían hecho útiles exploraciones, recogido noticias y levantado planos que fueron remitidos al Rey¹⁸. Ahora ese buque estaba listo para hacerse a la vela con destino a Valparaíso. O'Higgins se embarcó en él con su comitiva; pero mandó que primero pasase a las islas de Juan Fernández para visitar el presidio que allí tenían los españoles, que era el único establecimiento de todo el territorio de su mando que no conocía personalmente.

No le fue dado, sin embargo, realizar su propósito. Los primeros temporales del invierno no le permitieron acercarse a la isla. El anciano Gobernador, que a pesar de la actividad de su espíritu no podía hacerse superior al cansancio físico y al peso de los años, se vio forzado a dirigirse a Valparaíso. Sin detenerse largo tiempo allí, entraba a Santiago a mediados de junio de 1793 para consagrarse de nuevo a los asiduos trabajos de la administración civil de la capitanía general.

7. Campaña contra los indios del sur de Valdivia: descubrimiento de las ruinas de Osorno

Los indios de la región de Valdivia, según dijimos, no habían concurrido al parlamento de Negrete, por hallarse desde meses en estado de abierta rebelión. Aquellos bárbaros turbulentos y pendencieros, siempre inclinados a la revuelta, habían sido, además, excitados por

¹⁸ Reales órdenes de 11 de agosto y de 10 de octubre de 1792, y de 30 de enero de 1793. La fragata *Santa Bárbara* era mandada por el capitán don Nicolás Lobato y Cuenca.

una intriga artificiosamente urdida por un indio de servicio de la misión de Río Bueno. Contaba éste que en el breviario del padre misionero había sorprendido una carta del gobernador de Valdivia por la cual se revelaba que el establecimiento de esa misión no tenía más objetivo que adormecer a las tribus indígenas en la confianza de la paz, para dar muerte alevosa a sus guerreros y reducirlas más fácilmente a la esclavitud. Probablemente el indio Felipe, éste era el nombre de ese intrigante, no habría podido leer una carta; pero mostraba a los suyos un papel y les explicaba antojadizamente su contenido alentándolos para tomar las armas contra sus opresores. Los primeros síntomas de rebelión se hicieron sentir en septiembre de 1792. Los indios asaltaron las casas de algunos españoles que habían comenzado a establecerse en aquellos lugares, dieron muerte a diez de ellos, incendiaron las habitaciones y robaron los ganados y cuanto encontraban a mano. Aquel levantamiento se iniciaba con crueldades que horrorizan. El padre misionero de Río Bueno, fray Antonio Curcoa, fue amarrado desnudo a la cola de un vigoroso caballo y arrastrado inhumanamente por el campo hasta que hubo dejado de existir. Un mensajero español que conducía la correspondencia entre Valdivia y Chiloé, fue sorprendido en su marcha, y recibió una muerte no menos atroz. Atado por los pies y por las manos a cuatro caballos que tiraban para distintos lados, ese infeliz fue descuartizado en medio de una gran algazara de aquellos desapiadados salvajes.

Las noticias de estos sucesos fueron llegando poco a poco a Valdivia comunicadas por algunos de los españoles que venían huyendo de la persecución de los bárbaros, y por las cartas de fray Francisco Hernández, superior de la misión de Cudico. En el principio se creyó que eran hechos aislados, producido aquí y allá por la rapacidad de algunos indios; y por lo tanto, las primeras providencias se redujeron a adelantar una corta partida de milicianos para perseguir a aquellos malhechores. Pero no tardó mucho en saberse que se trataba de una verdadera insurrección. El coronel don Lucas de Molina, que desempeñaba el cargo de gobernador de la plaza, convocó a sus oficiales a dos juntas de guerra que se celebraron el 30 de septiembre y el 2 de octubre; y en ellas se acordó organizar inmediatamente una columna más respetable de tropas y despacharla sin tardanza a reprimir a los rebeldes, antes que el levantamiento tomara mayor cuerpo. Formóse ésta con 35 milicianos y 47 individuos de los que residían allí en calidad de desterrados o presidiarios. Debían éstos emprender su viaje remontando el río Futa o Tenguelén, para reunirse en la misión de Dalipulli con un piquete de 22 soldados de línea que estaban estacionados en este lugar, y abrir enseguida una campaña enérgica contra los indios. El mando de esas fuerzas fue confiado a don Tomás de Figueroa, capitán agregado del batallón de infantería de Valdivia y oficial inteligente y emprendedor, conocido entonces por sus romancescas aventuras, y más tarde mucho más famoso por su frustrada tentativa para restablecer el régimen colonial en 1811¹⁹. Esas fuer-

¹⁹ El capitán, después Coronel, don Tomás de Figueroa, vino a ser más tarde un personaje de notoriedad en nuestra historia, y como tal ha sido objeto de diversas reseñas biográficas más o menos prolijas. La más extensa y noticiosa de todas es la que publicó don Benjamín Vicuña Mackenna con el título de *El coronel don Tomás de Figueroa*, Santiago, 1885, acompañándola de un apéndice considerable de documentos muy interesantes e inéditos casi en su totalidad. Sin embargo, las aventuras de los primeros años de ese oficial no han podido ser contadas con completa certidumbre. Sin pretender dejarlas esclarecidas por entero, vamos a dar en esta nota algunas noticias desconocidas que no carecen de interés.

Hijo de una familia noble de la provincia de Granada, don Tomás de Figueroa nació en la villa de Estepona en 1745. A la edad de veinte años (con fecha de 6 de enero de 1765) fue admitido como soldado en la compañía italiana de las Reales Guardias de Corps, compuestas, como se sabe, de caballeros de buena cuna. Llevaba siete

zas partieron de Valdivia el 3 de octubre. El gobernador de la plaza, venciendo dificultades que parecían insuperables, consiguió hacer llegar a Concepción por los caminos de tierra, la

años de servicio en ese cuerpo cuando ocurrió el lance que la historia ha referido en varias ocasiones sin tener otro punto de apoyo que una constante tradición. Según ésta, Figueroa habría dado muerte en un duelo a un caballero que lo había insultado. Lo que es fuera de duda es que fue condenado al último suplicio, y que un generoso indulto del Rey le salvó la vida, conmutándole la pena a destierro perpetuo a Valdivia, donde debía prestar sus servicios en calidad de soldado del batallón de infantería que guarnecía esta plaza. En consecuencia de este fallo, Figueroa fue embarcado para Chile a fines de 1774. Dejaba en España, entre otros muchos deudos, a su esposa doña Rosa Polo y a un hijo llamado Gonzalo, nacido pocos meses antes.

Figueroa llegó a Valdivia en marzo de 1775, y el 1 de abril siguiente fue alistado en el rango de soldado distinguido en el batallón de la plaza. A pesar de la sentencia que pesaba sobre él, la nobleza de su nacimiento, el prestigio de haber servido en la guardia personal del Rey, y la superioridad de su educación sobre la de casi todos los oficiales del ejército de Chile, habrían debido labrarle prontamente fáciles ascensos. Parece, en efecto, que sus jefes lo miraron con distinción, y que lo consideraban no como soldado, sino como ayudante del cuerpo en que servía. Pero Figueroa era de carácter arrogante y poco sumiso, miraba con desdén a sus camaradas y a sus jefes, y cometió frecuentes faltas de subordinación. En 1780 el gobernador de la plaza, don Pedro Gregorio de Echeñique lo puso preso en el castillo de San Carlos, y pidió al presidente de Chile que lo enviara a la isla de Juan Fernández. La siguiente contestación que se dio a su nota dará a conocer el resultado de esta gestión: "En vista de las justas causas que V.S. representa con fecha de 26 de noviembre del año pasado para haber puesto en el castillo de San Carlos a don Tomás de Figueroa, solicitando que por esta Capitanía General se le traslade a Juan Fernández, según su destino (es decir, en condición de condenado a servir en la guarnición), debo prevenirle lo mantenga por ahora en el mismo arresto hasta que modere su conducta, sin consentir salga de él sino con motivo legítimamente urgente, y advirtiéndole que si no arregla sus operaciones, a la primera queja se le impondrá por castigo de sus excesos el que tuviere por conveniente en la referida isla. Dios guarde a V.S. ms. as. Santiago de Chile, 10 de febrero de 1781. *Ambrosio de Benavides*. Señor gobernador de Valdivia".

Carecemos de otras noticias sobre la residencia de Figueroa en Valdivia en aquellos años. Sabemos sí que en 1788 consiguió fugarse de esa plaza. Para engañar a las autoridades de tierra, tomó el hábito de misionero franciscano, y se embarcó en un buque que partía para el Perú, de donde se trasladó enseguida a la isla de Cuba. La esposa de Figueroa, que hasta entonces residía en España, advertida de la fuga de éste, quiso reunirsele, y al efecto, se puso en viaje para Cuba en compañía de su hijo Gonzalo, que contaba catorce años de edad. En esas circunstancias ocurrió la muerte de Carlos III (diciembre de 1788) y la siguiente proclamación de Carlos IV, acompañada, como era costumbre, de las concesiones de indulto por todo género de delitos que no fueran los de lesa majestad y otros que se detallaban prolijamente. Como ese indulto comprendía igualmente a los reos prófugos que se acogieran a él dentro del término de un año, Figueroa hizo valer las relaciones de sus parientes y de sus amigos, y obtuvo sin grandes dificultades lo que solicitaba. Por real orden de 8 de junio de 1789, el ministro de Indias don Antonio Valdés comunicaba al presidente de Chile "que el Rey ha concedido indulto a don Tomás de Figueroa del delito por que fue destinado al presidio de Valdivia, con la especial gracia de que pueda regresar a estos reinos (España), a pasar a establecerse a La Habana donde reside su mujer". Mes y medio más tarde, el 28 de julio de ese mismo año, el referido ministro de Indias comunicaba al presidente de Chile otra real orden por la cual le hacía saber "el real despacho expedido a favor de don Tomás de Figueroa de grado de capitán de infantería con sueldo y agregación al batallón de Valdivia, y con opción a la primera vacante de número que en él hubiere". Favorecido por estas concesiones, Figueroa regresó a Chile en 1790 con su esposa y su hijo. Este último sentó plaza de soldado distinguido en el batallón de infantería de Valdivia el 23 de junio de 1791, el año siguiente fue elevado al rango de cadete, y en 1799 al de subteniente.

Don Tomás de Figueroa quedó sirviendo en calidad de capitán agregado al batallón de Valdivia, hasta que después de haber desempeñado felizmente la comisión de que hablamos en el texto, hubo vacante en ese cuerpo y pudo ser incorporado como capitán de número en 28 de abril de 1794. Tres años más tarde fue trasladado en el mismo rango a continuar prestando sus servicios en el batallón de infantería de Concepción.

Las noticias que consignamos en esta nota pueden parecer deficientes a los que desean conocer en sus pormenores la vida aventurera de ese personaje; pero son las más prolijas y las mejor comprobadas que hasta ahora haya sido posible recoger en los viejos documentos que guardan los archivos de Chile y de España, si bien no es imposible que pueda adelantarse la investigación más allá de los límites a que nosotros hemos llegado. Una foja de servicios de Figueroa fechada en Concepción en diciembre de 1800, que encontramos en Simancas, fue el punto de partida de nuestra investigación, que completamos en cuanto nos fue posible con los otros documentos a que nos referimos en esta nota.

noticia del levantamiento de los indios del sur, y despachó un bote a Chiloé a prevenir al Gobernador de esa provincia que se pusiera en guardia contra el peligro que podía amenazarlo.

La comisión encargada al capitán Figueroa fue cumplida con rigurosa exactitud. Desde que este oficial se halló con sus tropas en el distrito de Cudico, los indios de esa comarca y de sus inmediaciones, que a no haber duda habían tomado parte en el alzamiento, comenzaron a presentarse con las apariencias de amigos, al mismo tiempo que, siempre falsos y pérfidos, estaban en relaciones con las tribus de más al sur para oponer a los españoles una obstinada resistencia en el paso del río Bueno. Figueroa, que llevaba el encargo de castigar ejemplarmente a aquellos bárbaros por los crímenes que habían cometido, condenó a muerte el 21 de octubre al cacique Manquepán, a dos hijos de éste y a diecisiete mocetones que lo acompañaban. "Hecha esta diligencia (esto es, firmada la sentencia), dice el mismo Figueroa, dispuse que el padre capellán de mi campo fray Manuel Ortiz, pasase a la prisión a exhortarlos si querían recibir el santo bautismo y morir como cristianos, quien, después de mucho rato de estarlos catequizando y no conseguir la menor cosa, me avisó que todos querían morir a su usanza (es decir, como infieles). Con cuyo motivo mandé se ejecutase y llevase a debido efecto la sentencia pronunciada, cuyo castigo se concluyó después de las siete de la tarde". Aquellos infelices perecieron ahorcados, y las cabezas de tres de ellos fueron enviadas a Valdivia para que las colocasen en escarpías. En la mañana siguiente fueron apresados los niños y mujeres de esa tribu, y confiscados a beneficios del Rey los ganados que poseían²⁰.

La continuación de la marcha y el paso del río Bueno ofrecieron serias dificultades a los expedicionarios. En medio de las lluvias torrenciales, tan frecuentes en aquellos lugares, les fue preciso derribar las palizadas construidas por el enemigo para cerrarles el paso, y desarmar las asechanzas y emboscadas que éste les tendía. Pero la resistencia de los indios era irregular y desordenada y, aunque poseían algunas armas de fuego, las manejaban con tan grande impericia que no les fueron de ninguna utilidad. Los españoles, por su parte, proseguían la campaña con gran cautela, avanzando poco a poco, para reconocer el terreno y evitar una desastrosa sorpresa.

Más adelante, Figueroa consiguió apoderarse de dos caciques llamados Iñil y Catiguala que, aunque, al parecer, comprometidos en el levantamiento, protestaban su inocencia y sus intenciones amistosas y pacíficas respecto de los españoles. Guiado por esos caciques, Figueroa llegó con sus tropas el 22 de noviembre al sitio en que se había levantado la ciudad de Osorno. "En ella, dice el capitán expedicionario, encontré muchos vestigios que, por su

²⁰ Estos procedimientos, que fueron frecuentes en los primeros tiempos de la conquista, eran condenados ahora más o menos explícitamente por la opinión y por los mismos gobernadores. Por esto mismo, Figueroa manifestó un gran empeño en justificar su conducta. Antes de la ejecución de la sentencia consultó el parecer del padre fray Francisco Hernández, misionero de Cudico; pero éste se negó a darlo alegando por excusa su carácter sacerdotal. "Luego que me dieron parte de estar concluido todo, agrega Figueroa, repetí de nuevo al padre Hernández que, como testigo de haber visto ejecutar las muertes, me dijese a continuación si comprendía que mi resolución en cuanto a haber mandado quitar la vida a Manquepán y sus secuaces debería ocasionar a mi conciencia algún escrúpulo y a mi reputación algún lunar; y en contestación me aseguró que debía vivir y estar seguro que en todo había obrado conforme a justicia y conciencia, añadiéndome que a los delitos cometidos por Maquepán podía él añadir otros muy enormes que no constaban de la sumaria". A pesar de todo y, aunque Figueroa no fue siquiera sometido a juicio, la opinión general de la colonia desaprobó ese exceso de rigor. Aquel capitán quedó desde entonces tildado de hombre duro.

grandeza, por lo hermoso y ancho de sus calles tiradas a cordel y por sus edificios, aunque arruinados, indicaban haber sido población populosa y rica". Los expedicionarios, previa la cesión aparente que los indios hacían de esos terrenos, tomaron posesión de la ciudad arruinada y de la comarca vecina con todas las ceremonias de estilo. Levantaron una cruz y la bandera de España, celebraron una misa solemne, ejecutaron algunos ejercicios militares y dieron por reincorporado a los dominios del Rey ese territorio de que las armas de éste habían sido arrojadas hacía cerca de dos siglos.

El resto de aquella campaña, aunque acompañado de aventuras y de incidentes, ofrece poco interés. Figueroa persiguió implacablemente a los indios que consideraba enemigos, mataba sin escrúpulos a los que le oponían resistencia, destruía sus chozas y sembrados, les arrebató sus ganados y, por fin, dio la vuelta al norte cuando creyó que los había aterrorizado y puesto en la imposibilidad de volver a tomar las armas. Al repasar el río Bueno tuvo que sostener otra vez varios combates de poca consecuencia, en que no le fue difícil dispersar a aquellos bárbaros, haciéndoles sufrir pérdidas relativamente considerables. La población indígena de esa comarca, que en otras ocasiones había opuesto una resistencia más vigorosa, mostró ahora menor tenacidad a la vez que un gran desconcierto para la lucha. La severa persecución de que se le hizo víctima, la muerte de muchos de sus caudillos y mocetones, la prisión de mujeres y de niños, y la destrucción de las chozas y sembrados, produjeron la dispersión definitiva de algunas de esas tribus, y facilitaron los trabajos posteriores de ocupación de esos territorios. Figueroa regresaba a Valdivia el 14 de enero de 1793, satisfecho de haber cumplido su comisión, y de haber sembrado el terror entre aquellos bárbaros, dando muerte a muchos, obligando a otros a dispersarse y preparando, así, la repoblación española de aquella región²¹.

8. Declaración de guerra entre España y Francia

El presidente O'Higgins pensó desde entonces en ocupar el territorio que acababa de recorrer el capitán Figueroa, repoblando la ciudad de Osorno para mantener así segura y expedita la comunicación entre Valdivia y Chiloé. Debiendo, sin embargo, consultar estos proyectos con el gobierno de la metrópoli a fin de que se le autorizara para ponerlos en ejecución, el gobernador de Chile se vio en la necesidad de aplazarlos para poco más tarde.

La Corte no se hallaba en esos momentos en estado de prestar mucha atención a los negocios de América. La situación política de Europa preocupaba casi exclusivamente al Rey y sus ministros. Cuatro meses apenas hacía que Carlos IV había ascendido al trono de

²¹ La campaña de Figueroa al sur de Valdivia en 1792 ha sido referida por éste en un prolijo diario en que apuntaba todos los pormenores e incidentes. El viajero inglés William B. Stevenson, que conoció ese documento en Concepción, en 1804, hizo un extracto de él en el capítulo 4 del tomo I de su *Historical and descriptive narrative of 20 years' residence in South America*, Londres, 1825; pero don Benjamín Vicuña Mackenna lo publicó íntegro en las pp. 16-77 del apéndice puesto al libro que dio a luz en 1885 con el título de *El coronel don Tomás de Figueroa*. Aunque este diario abunda en incidentes y pormenores de todo orden, no nos era dable contar con más extensión hechos que en realidad no tienen gran importancia.

El presidente O'Higgins dio cuenta de estos sucesos al Ministerio de Indias en sus comunicaciones de 8 de enero y 19 de marzo de 1793, que completó más tarde refiriendo los acontecimientos y trabajos posteriores en otro oficio de fecha de 12 de diciembre de ese año.

España, cuando se inició en Francia el sacudimiento revolucionario que antes de mucho tiempo amenazaba derribar todos los tronos y todo el orden social entonces existente. Aquel movimiento colosal ejercía una atracción irresistible en los espíritus dentro y fuera de Francia. Las ideas de libertad y de igualdad de todos los hombres, proclamadas por la Revolución Francesa, fueron acogidas con simpático entusiasmo por los pueblos de Europa, pero miradas con horror por los soberanos. "Todos los gobiernos son nuestros enemigos; todos los pueblos son nuestros aliados", decía el presidente de la convención francesa, en noviembre de 1792. Sólo los excesos consiguientes a la Revolución, el desenfreno de las muchedumbres y el desencadenamiento terrible de todas las pasiones vinieron a dar alguna fuerza a la reacción y a hacer posible la alianza de las potencias extranjeras para tratar de reprimir aquel movimiento cuya fuerza vigorosa e irresistible debía, sin embargo, sobreponearse a todo.

En España, más que en cualquiera otra parte, estaba arraigado el viejo régimen que la Revolución se proponía destruir. La influencia de aquellas antiguas instituciones se hacía sentir allí de una manera más directa y vigorosa que en la misma Francia, y mantenía a la nación en un estado de atraso incompatible con el progreso del siglo y con la necesidad de reformas trascendentales en el orden político, económico y social. Sin embargo, las ideas revolucionarias tuvieron en España una acogida menos ardiente que en los otros pueblos de Europa. El absolutismo ejercido sin contrapeso en los últimos tres siglos, había habituado a la nación a soportarlo y, en cierto modo, a venerarlo como la mejor forma de gobierno. Para obtener el juramento de fidelidad de sus vasallos, Carlos IV, según las antiguas prácticas de la monarquía española, convocó las cortes del reino, ordenando que los diputados llevaran poderes amplios, no sólo para ese objetivo sino, también, "para tratar, entender, practicar, otorgar y concluir por cortes otros negocios, si se propusiesen y pareciese conveniente resolver". En los mismos días en que una asamblea análoga, los estados generales, emprendía en Francia una campaña franca, resuelta e irresistible contra la monarquía absoluta y sus antiguas instituciones, las cortes españolas funcionaban en secreto, a puertas cerradas y, bajo el juramento solemne de no revelar lo que allí pasase, aprobaban dócilmente lo que se les proponía en nombre del Rey, y si se atrevieron a hacer tímidamente algunas peticiones, la clausura de la asamblea sin entrépito ni protesta dejó afianzada por muchos años más la subsistencia del antiguo orden de cosas. El conde de Campomanes, presidente de aquellas cortes, y el conde de Florida Blanca, eran, sin duda alguna, reformadores intrépidos, pero enemigos resueltos de las ideas liberales, y adictos a los principios fundamentales de la monarquía absoluta; y estaban decididos a resistir al empuje revolucionario y a afianzar la autoridad del nuevo soberano. Florida Blanca, en sus relaciones con el gobierno francés, no excusó ocasión de censurar con altanera arrogancia el desenvolvimiento y la marcha de la revolución.

Separado del gobierno en febrero de 1792, Florida Blanca fue reemplazado por el conde de Aranda, que era mucho menos hostil a la revolución francesa. Pero la marcha impetuosa e incontenible de este movimiento, la prisión y el proceso del Rey, y enseguida la proclamación de la república, debían precipitar los acontecimientos. El mismo conde de Aranda se mostró inclinado a declarar la guerra a Francia, y sólo lo contuvo la esperanza de salvar, por medio de las negociaciones, la vida al infortunado monarca que los revolucionarios mantenían prisionero. La decapitación de éste, en enero de 1793, hizo imposible la conservación de la paz y la convención nacional de Francia, adelantando el rompimiento, declaró la guerra al rey de España el 7 de marzo.

Por entonces ya había dejado el gobierno el conde de Aranda, y había sido reemplazado por don Manuel Godoy, joven de veinticinco años de edad, en quien el favor que le dispensaban los reyes suplía lo que le faltaba en talento y en preparación para el gobierno. Este personaje, que llegó a ser tan famoso bajo el título de Príncipe de la Paz, tuvo a su cargo la dirección de los negocios públicos, y a él tocó celebrar en 25 de mayo de ese año la alianza con Inglaterra. Si bien es verdad que en esas circunstancias no faltaron españoles que simpatizaran con las ideas revolucionarias, el pueblo y la nobleza desplegaron un entusiasmo febril para engrosar y para socorrer las tropas que marchaban a sostener la causa de la monarquía. Aquella lucha fue emprendida con gran ardor; pero España, después de algunas victorias, sufrió serios reveses. Las medidas de rigor empleadas por el gobierno para afianzar el crédito de la monarquía absoluta, no alcanzaron a reprimir por completo los gérmenes de descontento contra ese sistema. En aquellos años se hicieron sentir en España los primeros síntomas de revolución liberal²² que, aunque castigados con mano severa, comenzaron a preparar un cambio de ideas.

En América, la Revolución Francesa produjo desde el principio un sentimiento de horror. Los mandatarios españoles y los hombres que por su cultura podían estar de algún modo al corriente de los sucesos de Europa, no veían en ellos más que la parte triste y dolorosa, los excesos revolucionarios, las confiscaciones, las matanzas, el desenfreno de la plebe, la muerte de un Rey, a quien la opinión general revestía de todas las virtudes, y el desencadenamiento de todas las pasiones²³. Sin embargo, antes de mucho tiempo, los principios proclamados por aquella revolución comenzaron a penetrar y a ser examinados y aceptados por algunos de los hombres más distinguidos de las colonias del rey de España. A fines de ese siglo circulaban en estos países, en lengua castellana, numerosas copias manuscritas de la declaración de los derechos del hombre, proclamada por la Asamblea Constituyente de Francia en agosto de 1789, y de la constitución liberal de 1791. Aquellos principios políticos excitaban los ánimos contra las bases fundamentales en que descansaba todo el régimen colonial, y contribuyeron a preparar la revolución de la independencia²⁴.

En cambio, la guerra misma entre España y la nueva república francesa, apenas se hizo sentir en algunas de las colonias de América. Aunque Francia hostilizó el comercio español, y armó corsarios, éstos no llegaron al Pacífico, y ni siquiera produjeron en Chile y el Perú la alarma que solían despertar las guerras navales. El capitán inglés Vancouver, que se hallaba

²² Lafuente, *Historia general de España*, tomo xxi, pp. 477-8.

²³ El presidente de Chile don Ambrosio O'Higgins veía en la Revolución Francesa un cataclismo de las más funestas consecuencias, no sólo para la estabilidad de los gobiernos sino para el bienestar de los pueblos. Sus ideas a este respecto eran las mismas de todos los gobernantes españoles, y las mismas también de muchos espíritus más avanzados que, comprendiendo la necesidad de las reformas que proclamaba la revolución, se sentían horrorizados por sus excesos y se plegaban a la causa de la reacción. O'Higgins, que vivía en América desde tantos años, no podía explicarse las causas de ese movimiento sino por accidentes que un gobierno enérgico habría debido reprimir. La libertad de la prensa, según él, había producido el desbordamiento de las pasiones, y preparado un sacudimiento fundamental que tenía su origen en causas tan variadas como profundas. "Los papeles, escribía O'Higgins en 28 de febrero de 1793, tienen perdida a la mitad del mundo, y son la causa de los males que estamos leyendo en el día ocurridos en Francia.

²⁴ Pueden leerse en Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, 2ª edición, Besanzon, 1858, tomo I, pp. 38-41 los pormenores del proceso iniciado en Nueva Granada en 1794 y proseguido hasta 1800 contra don Antonio Nariño y otros por haber impreso la declaración de los derechos del hombre. Entre los papeles privados de muchos de los personajes más importantes de la revolución de América, se han hallado copias manuscritas de ese documento y de la constitución francesa de 1791, lo que prueba que ambas piezas tuvieron una circulación secreta y misteriosa entre los preparadores de ese movimiento.

en Valparaíso en abril de 1795, se sorprendía de que en las circunstancias de estar declarada la guerra entre España y Francia, las fortificaciones de aquel puerto se encontrasen en tan mal estado. La razón de este abandono era que O'Higgins, así como el virrey del Perú, sabían demasiado bien que las fuerzas navales de Francia eran insuficientes para traer la guerra a estos países, tanto más cuanto que estando España aliada con la Inglaterra, representaban entre ambas un poder contra el cual no había lucha posible en el mar.